

**PARENTE, D.: *Artefactos, cuerpo y ambiente: exploraciones sobre filosofía de la técnica*, Mar del Plata, La Bola Editora, 2016, 159 págs.**

**Emiliano Campoamor**

Universidad Nacional de Río Cuarto

Tradicionalmente las reflexiones sobre la técnica, propias de una filosofía acerca de ella, han sido parte de un espacio marginal dentro de las esferas filosóficas más ortodoxas. Puedo mencionar que prueba de ello es, salvo gratas excepciones, la escasez de este tipo de abordajes dentro de las currículas de grado de las carreras de Filosofía en nuestras universidades nacionales quedando con suerte relegados a los caprichos de algún curioso post-grado. Sin embargo, situaciones como la creciente algoritmización de la política y de las finanzas o el incesante incremento de la influencia tecnológica en nuestra cotidianeidad nos exigen poner estas reflexiones en los primeros planos de cualquier debate. De allí que apuestas como esta obra de Diego Parente nos ayuden a situarnos sobre las bases de lo que hoy urgentemente deberíamos estar discutiendo.

A fines del siglo XX el filósofo e historiador Bruce Mazlish nos propone superar la cuarta discontinuidad, aquella que como humanos nos separa de las máquinas. A lo largo de la historia el ego humano ha sufrido tres importantes shocks: se percató que no es el centro de la existencia, que no es diferente de los demás animales y que no es amo ni en su propia mente. Según Mazlish estamos enfrentándonos al cuarto shock después de los mazazos cosmológico, biológico y psicológico: "...estamos empezando a darnos cuenta de que los humanos no ocupamos una posición tan privilegiada a las máquinas como irreflexivamente habíamos supuesto"<sup>1</sup>.

Por otro lado pero en la misma sintonía, unas décadas antes, Gilbert Simondon nos alertaba sobre el carácter trascendental de la emancipación maquina: es condición de posibilidad para una posible colectivización de los medios de producción lograr una continuidad entre el individuo humano y el individuo técnico, debemos dejar de ver a la máquina como un esclavo. La obra de Parente es parte de un conglomerado de aportes que nos sitúan en el umbral de esta revolución, mediante un claro y profundo análisis histórico y filosófico de diferentes dicotomías y aporías propias de la reflexión técnica Parente nos invita a dar los primeros pasos en esta mesiánica dirección sugerida, entre otros, por Simondon y por Mazlish.

El libro consta de dos capítulos bien diferenciados pero con una clara interrelación. En la primera parte Parente explora los problemas que surgen al concebir al cuerpo *natural* del ser humano en oposición al cuerpo modificado por la técnica, y cómo estos dos tipos de cuerpo se expresan en los ambientes en donde están situados. Aquí el autor aborda dicotomías acerca de cuánto de natural hay en nuestro cuerpo y cuánto de artificial así como también cuánta influencia tiene el entorno en la construcción de esa realidad corporal. En la segunda parte Parente se focaliza en la compleja relación entre naturaleza y cultura, allí explora en profundidad hasta dónde participamos nosotros de aquello que tradicionalmente hemos denominado naturaleza y, como contraparte, qué rol juega la cultura en esta interacción.

<sup>1</sup> Mazlish, Bruce: *The Fourth Discontinuity: The Co-Evolution of Humans and Machines*, Yale University, Yale, 1993, p. 179.

El autor comienza el recorrido preguntándose por la concepción protésica del ser humano, ¿somos acaso animales incompletos que necesitamos de la técnica y sus artefactos para expresar todo nuestro potencial? Para ello Parente elige explorar inicialmente el abordaje propuesto por Ernst Kapp. Según Kapp, existe cierta continuidad entre un órgano humano y un artefacto técnico: un dedo doblado se convierte en un gancho, el hueco de la mano en un plato. A través de esta mimesis inconsciente el artefacto no sería una prótesis sino simplemente una extensión de algo que ya existe en nuestro cuerpo. Pero, como señala el autor, esta posición pierde fuerza cuando se analizan artefactos más complejos que simples herramientas, por ejemplo la máquina de vapor no extiende ningún órgano humano sino más bien altera sustancialmente esta relación. Superando esta posición se nos presenta un abordaje (Basalla, Wood) que mantiene la idea de mimesis pero que no se limita ya al órgano humano sino que su fuente de inspiración es la naturaleza en su totalidad, o sea la cestería imita la dinámica de los nidos de pájaros, la armazón de los buques imita las costillas del pez, las redes de pesca y ciertas trampas a las telarañas. Sin embargo, estas visiones miméticas si bien intentan sostener una continuidad recaen en un fuerte antropocentrismo que deja fuera del análisis a las constricciones propias del entorno, es por ello que Parente ofrecerá, como visión superadora, una noción evolutiva que supone que los diseños técnicos se van adaptando al entorno al igual que como se han ido adaptando los organismos. Este abordaje posee mayor potencia explicativa porque logra asimilar las condiciones del entorno al mismo tiempo que puede sostener una explicación plausible sobre las similitudes morfológicas.

A pesar de las dificultades ontológicas que suscita la línea de pensamiento que propone Kapp, Parente rescata en dicha visión otra faceta de este abordaje: la noción de ser uno fenomenológicamente con el instrumento, o sea, muchas experiencias cotidianas están caracterizadas por una suerte de acoplamiento mecánico eficiente entre usuario y útil. Y como bien nos cuenta el autor, Heidegger ya había sugerido algo al respecto. Para el filósofo alemán mientras uno menos tome conciencia de la *cosa-martillo*, por ejemplo, y más la utilice reproduce una relación más primordial y originaria con el útil. Un carpintero al martillar pierde conciencia del martillo, es una extensión sensorial de él que le permite percibir la propia textura de la punta del clavo o si el clavo ha sido insertado de manera apropiada o esta doblado. Este tipo de cualidad le habilita a Parente introducirnos en las nociones de transparencia y opacidad. En el ejemplo del martillo el usuario ha incorporado la herramienta, ya no la percibe como externa sino que se ha vuelto *transparente* para él pero cuando esta simbiosis no logra su máximo potencial, cuando instrumento y usuario no devienen en perfecta armonía entonces podemos hablar de diferentes grados de *opacidad* entre ellos. Ciertamente lo interesante aquí es que estas dos propiedades suponen a un agente en relación con una práctica lo que condiciona la posibilidad de pensarlas como absolutas, no existen relaciones completamente transparentes, ni completamente opacas. Y, lo que no problematizó Heidegger pero sí vio Merleau-Ponty, aporte que Parente exitosamente rescata, es la importancia del hábito al momento de pasar de una relación opaca a una transparente, esto señalaría que de alguna manera una persona ciega aprende a *mirar* con su bastón. Para Merleau-Ponty el hábito no reside en el pensamiento sino en el cuerpo que actúa con el mundo.

En el trayecto que viene realizando Parente, estas reflexiones anteriores, ponen en superficie dos problemáticas subyacentes. Por un lado, comienza a resultar explícito que gran parte de nuestra relación como individuos con el mundo está mediada por construcciones artificiales y que estas no son neutrales al momento de afectar nuestras formas de cognición. Y por otro lado, comienza también a responderse aquella pregunta inicial sobre cuánto de natural y cuánto de artificial hay en cada uno de nosotros, si pensamos a un ciego como uno con su bastón o a un carpintero como uno con su martillo todo indicaría que aquellos *cyborgs* propios de la ciencia ficción, aquellos humanoides fruto de la hibridación entre organismos y máquinas, no sólo habitan hace tiempo en la sociedad sino que cada uno de nosotros es en cierta medida uno de ellos. Al respecto de este último interrogante, y con gran acierto, Parente introduce en la discusión al filósofo Andy Clark, quien habiendo partido de explorar las posibilidades de una mente extra-craneal y comprometida con su entorno llega a la conclusión de que los seres humanos no sólo que producen la

técnica sino que al mismo tiempo devienen de ella, tanto histórica como biológicamente. Para Clark las herramientas y la cultura son tan productoras de nuestra naturaleza como producto de ella, los homínidos previos a nosotros ya poseían cultura y técnica por lo tanto condicionaron el entorno, el nicho, que permitió el surgimiento de los seres humanos, no existe posibilidad alguna de disociar nuestra evolución de las condiciones previas en las que se situó. Es más, bajo esta mirada, y probablemente aquí me distancie mínimamente del autor, no tiene sentido ya preguntarnos por nuestra cualidad de *cyborgs* dado que esta noción supone una hibridación entre dos categorías o sustratos diferentes mientras que como seres humanos ya somos una continuidad entre biología y técnica desde nuestra génesis. No somos animales incompletos, de hecho, como señala Parente, la debilidad somática que poseemos y que aparentemente sería la causa de la necesidad de completarnos a través de la técnica sería más bien su consecuencia, somos débiles porque somos el producto de especies que se fueron adaptando a través de la mediación técnica con el entorno y su transformación: “Las facultades cognitivas humanas han coevolucionado con los mismos instrumentos y artefactos que constituían su particular nicho ecológico”.

Todo lo expuesto hasta aquí le sirve a Parente para inaugurar el segundo capítulo del libro, en donde buscará poner en relieve dos importantes nociones que durante la primera parte se mantuvieron de trasfondo: naturaleza y cultura. Antiguamente estas dos concepciones estaban unidas y no existía una fuerte distinción entre ellas es, según White, el cristianismo el que posibilita y prefigura esta dicotomía que luego sería fuertemente explotada por la modernidad. Es la lectura cristiana la que pondera una naturaleza destinada a servir y satisfacer las necesidades humanas y en consecuencia es la modernidad, en palabras de Canguilhem, la que termina de desvalorizarla ontológicamente para su posible instrumentalización. Bajo estas miradas entonces la cultura ocupará todos aquellos espacios que en principio no serían naturales, todo aquello que sea parte o fruto de las acciones del ser humano será patrimonio de la cultura mientras que todo aquello que quede por fuera de la manipulación de la *mano del sapiens* será natural. Parente dejará en claro que esta dicotomía tiene un alto grado de etnocentrismo y además intentará empezar a unir posiciones, para ello retomará la noción griega de *poiesis* dado que este concepto nos permite indagar hacia ambos polos. Todo proceso de *poiesis*, esto es todo proceso de producción, involucra materiales que provienen de la naturaleza por lo que no suscita mucho sentido proponer la idea de artefactos *anti-naturales* como si estos pudieran prescindir en su constitución de elementos naturales, asimismo todo proceso de producción humano indefectiblemente remite a una condición cultural en la medida en que está inmerso siempre en algún contexto socio-histórico. Una vertiente que surge de esta elección es la posibilidad, si es que existe, de distinguir entre *poiesis* humana y animal para explorar si, de alguna manera, eso conduce a una distinción clara entre naturaleza y cultura. Siguiendo a Marx, Parente nos sugiere que una posible diferencia es que los seres humanos proyectamos nuestros diseños antes de llevarlos a cabo, una casa es antes en la mente de un albañil mientras que un panal no está en la mente de una abeja. Sin embargo, también nos alerta que esta posición responde a un fuerte hilemorfismo, a un fuerte predominio de forma sobre materia y es por ello que, en otro de los grandes aciertos de esta obra, propondrá investigar las tesis de tres autores que critican profundamente la noción aristotélica: Leroi-Gourhan, Simondon e Ingold. Estos autores, con sus matices, van a subvertir el orden hilemórfico dejando de lado disputas sobre si la forma está por sobre la materia y van a proponer una relación sinérgica en donde no hay actores pasivos; la forma surge en el despliegue de ese campo de fuerzas instaurado entre el trabajador y su materia, no hay una forma previa sino que emerge de esa danza entre agente y ambiente. Esta revalorización del papel de la materia indica que tanto las invenciones ingenieriles como las invenciones biológicas son fruto de las mismas constricciones impuestas por el ambiente, las convergencias entre los diseños biológicos y los artificiales no son casuales: “... así como bien podemos reconstruir la historia evolutiva de los gasterópodos y su estructura orgánica, también es legítimo narrar una historia evolutiva de los tipos de tejado, en ambos casos considerando sus diseños como un subproducto de cierto tipo de interacción con el ambiente”.

Para Parente estas posiciones fuertemente inmanentistas dejan de lado, o disminuyen notoriamente, la intencionalidad de los agentes entonces en lo que resta de su obra el autor intentará revalorizar el papel de los seres humanos en ciertos usos de la técnica a través del análisis de una capacidad que nos diferencia de los demás animales, dicha capacidad está íntimamente relacionada con la forma en que la cultura humana se transmite y se reproduce. Sin embargo, para cultivar la curiosidad en el lector no entraré en detalles sobre cómo Parente resuelve esta problemática e invitaré a que se sumerjan en su obra para descubrirlo, nada más decirles que a partir de esas nociones el autor sugerirá una interesante continuidad entre naturaleza y cultura.

Como mencioné al principio este libro es una magnífica propuesta para empezar a interiorizarnos en las principales reflexiones de la filosofía de la técnica. Ciertamente, no abarca todo el abanico de problemáticas que se suscitan en este campo, tampoco es el objetivo de la obra, pero sí nos acerca a las discusiones más importantes. Hace unos años el compañero Oscar Varsavsky nos exigía dejar de lado discusiones estériles y abstractas para concentrarnos en los problemas urgentes, *la hora de la verdad* es ahora y Parente con su obra nos invita a dar el primer paso para cruzar este umbral.

Recibido: 14 de septiembre de 2017

Aceptado: 24 de septiembre de 2017